

- 30 -

ALFREDO GOMEZ JAIME

INTRODUCCION

Hay en la vida de Alfredo Gómez Jaime una manifestación múltiple de su espíritu. Su obra está compenetrada de un carácter universal, concreción de su misma formación intelectual de anchos pliegues. Desde el árido laborar en el periodismo hasta la más pura expresión de la poesía; desde la amplitud psicológica y literaria de la novela hasta la restringida y sobria armadura del teatro. Todos estos campos los recorrió con éxito que se ha reconocido mucho más después de su muerte, ocurrida hacia las postrimerías del año pasado.

Fruto de este connubio del periodismo con la lírica es la famosa "Revista Latina", que, con la colaboración de Amado Nervo y Villaespesa fundó en Madrid, prestando incalculables servicios de propaganda a la poesía americana en la Península y en todos los cenáculos literarios del viejo continente.

Entre los senderos poéticos que trajinó con más éxito el célebre poeta tunjano está el apasionante e ingrato del soneto. Es este género una especie de prueba poética donde se han sacrificado grandes talentos literarios. Dominarlo con la maestría y donaire con que Gómez Jaime lo hizo, equivale a ganar muy sonadas palmas en la poesía. Y Gómez Jaime logró hacer de cada soneto una filigrana poética. Es que el soneto, por la sucesión de los dos cuartetos precediendo a los dos tercetos, tiene que acomodarse a una uniforme expresión del pensamiento, para que a medida que se avance en su estructuración, cobre interés el motivo y el último verso sea el episodio final y también decisivo del cántico.

El autor de "El hermano lobo" derrochó un torrente de arpegios en la musicalidad de sus versos. Pero no sacrificó a la armonía de sus estrofas la pureza gramatical del lenguaje. Ambas ideas concurrieron al unísono en sus versos. Ahí reside en parte el éxito de su obra y el vastísimo prestigio poético de su nombre.

Es un cantor universal. Evoca lo mismo el alma humana con todas sus pasiones, con sus tormentas y sus calmas, con sus contemplaciones y sus cultos, que la "armadura carnal del hombre" como instrumento obediente de esa alma, que nos incita con el mismo ímpetu y la misma violencia hacia lo bello y hacia lo detestable.

Tiene también Gómez Jaime una visión panorámica, demasiado extensa de los grandes, hondos y trascendentales problemas humanos. Es realista en cuanto se muestra como perseguidor incansable de la imagen, que al decir de Salvador Rueda, le brota muchas veces de modo repentino como una lumbrarada. "La elástica urdimbre de los versos de este poeta es seria, noble y tiene un carácter, no de forma tradicional o retórica, sino de sentido eterno. Salvo raros momen-

tos, posee todos los perfectos moldes de la expresión, singularizados por un hálito especial que les presta novedad y belleza”.

Fernando González Rodríguez, empujado crítico de literatura castellana al referirse a la obra de Alfredo Gómez Jaime anota: “La grandeza épica de sus versos de arte mayor y la sensual hiperestesia humana que en sus poemas vibra, pregonan en voz alta su tropical naturaleza. Pero el poeta —mano de Dios—, también sabe apresar en la jaula de oro del soneto el águila de su inspiración soberana, y es en tal forma poética donde la fecunda subsistencia de su numen logra sus más perfectas realizaciones. En este aspecto tengo a Alfredo Gómez Jaime como el equivalente en castellano de José María Heredia, el artífice de “los trofeos”, y uno de los mejores sonetistas españoles de cualquier momento”.

Tiene el poeta Gómez Jaime un acento subyugante de apasionado realismo. El amor, ese sentimiento de las almas en el que alternan la tormenta del corazón y la tranquilidad del espíritu en una arrobadora sucesión multiforme y multicolor, arrancó de la lira transida de este poeta apasionado suaves cantos, tan dulces como un vino.

Si Gómez Jaime despertó a la vida literaria apenas en la mañana de su existencia, desde la cual se presagiaba por la madera humana y espiritual de que estaba compuesto, un gran poeta, un gran artista, siempre fue fiel a ese vaticinio de sus contemporáneos y en la madurez de su vida, haciendo el balance de su obra, nos deja un venero inagotable de exquisito valor estético. Entró a la galería de nuestros grandes poetas, mucho antes de su muerte, cuando los nuevos le colocaron sobre la testa blanqueada por los años, el verde gajo de laurel, consagración de su vida y de su obra.

R. DARIO RESTREPO LONDOÑO

EL HERMANO LOBO

(Fragmento)

Ha llegado el invierno con sus horas sombrías;
azotando las cumbres desoladas y frías
su plumaje de nieve sacude el huracán.
Allá en los horizontes glaciales y ceñudos,
cual trágicos mendigos, los árboles desnudos,
elevan retorcidos sus brazos de titán.

Amanece; la nieve que tapiza los campos
la penumbra matiza con sus vívidos lampos.
En la magia de aquella prodigiosa blancura
palidece la sombra que refleja su albura.
Todo es blanco: la niebla que sus rizos desata;
las montañas altivas de cimera de plata;
los arbustos, las rocas, la lejana alquería
y el confín en que tiemblan los albores del día.
Nada turba la yerta soledad del paisaje:
ni el rumor del torrente, ni el chillido salvaje
ni las águilas bravas, y tan solo del viento
a intervalos se escucha quejumbroso lamento.

Mas en breve, una sombra misteriosa y callada
se divisa avanzando por la senda escarpada
que del místico Alvernia se dirige a la cumbre.
Es Francisco, es el santo, que a la pálida lumbre
matinal, marcha en busca del retiro desierto,
donde pasa su vida, donde sueña desierto.
En la nieve, que hunde con ligeros crujidos,
va dejando la huella de sus pies doloridos.
Evitando el cortijo, que descanso le ofrece,
sigue el monje a la gruta donde llora y padece.
No han podido los hombres suavizar el suplicio
de aquel mártir que ama la oración y el cilicio.

Si a sus ruegos se rinde y al poblado se asoma,
huye luego a sus rocas como esquiva paloma.
Inclinado y absorto, sumergido en sí mismo,
sin que nada interrumpa su inviolado mutismo,
va el asceta. De pronto, de la villa cercana,
perturbando el silencio de la triste mañana,
sordos ecos y voces que crecen por momentos,
llegan confusos, graves, en alas de los vientos.
Sorprendido el buen monje por aquellos rumores
se detiene, observando los vecinos alcores

que el poblado le ocultan. De repente, ardoroso tropel que se adelanta, ligero y clamoroso, aparece fantástico cual extraña visión que en un instante despierta fugitiva emoción.

Es un grupo de gentes que persigue y rodea a un gran lobo que huye, que angustiado jadea evitando la muerte. Fatigoso, anhelante, es feroz su mirada y a la vez suplicante. Es su lengua una llama; son puñales sus dientes; busca en torno un refugio con sus ojos lucientes, mas no ve por doquiera sino manos airadas y el reflejo agresivo de las picas y espadas que lo acosan. Herido por aguda ballesta no ha podido escaparse. Ya la chusma se apresta a ultimarlo, y el lobo, rechazando la muerte, gruñe ronco, erizado, cuando súbito advierte la presencia del monje que con rostro severo aparece en la curva del nevado sendero.

Al mirarlo, la fiera se recoge un instante, y cual flecha lanzada por la cuerda vibrante, a través de la turba fugitiva se arroja cual si el término viera de su inmensa congoja, y con ágil impulso presurosa saltando, a los pies del asceta se refugia temblando. Calla entonces la intensa, clamorosa algazara de la gente, que absorta, sorprendida se para observando la escena que se ofrece a sus ojos. Hay algunos que, humildes, se desploman de hinojos. El respeto que inspira la figura del santo los domina y subyuga cual mirífico encanto.

San Francisco los mira deponiendo su seño; en seguida les habla dulcemente risueño: "Perdonadlo, les dice, refrenad vuestra ira; es un desheredado que compasión inspira. Perdonadlo si en medio de las sombras, hambriento, ha llegado a vosotros por hallar el sustento. Le conozco, es mi amigo; descuidado e inerte encontré una tarde, mas no quiso ofenderme. ofrecíle mi carne, pero entonces, vencido por la voz de mi afecto, cariñoso y rendido, arrojóse a mis plantas como lo véis ahora, con mirada tan triste que parece que llora!"

Al decir estas frases, suavemente acaricia la cabeza del lobo, que escapó a la sevicia de los hombres; y luego con sereno semblante

se despide de todos; con su mano temblante
los bendice, y llamando con amor a la fiera,
"Ven, le dice, sigamos, la soledad te espera.
Cuando pase el peligro que despierta tu hazaña,
libre irás a las breñas de tu oscura montaña".
Tras las huellas del santo sigue el lobo; la herida
que su carne atraviesa, dolorosa, encendida,
brota un hilo de sangre que rompiéndose leve,
con sus tibios corales va tiñendo la nieve.

Ya están lejos de aquella multitud clamorosa
que al mirar al asceta se tornó silenciosa.
A medida que ascienden a la cima del monte
la luz cubre de rosa el lejano horizonte.
Al llegar a un recodo de la adusta pendiente
San Francisco se para, y al mirar sonriente
a la fiera que sigue su penosa jornada,
ve la flecha que lleva sobre el muslo clavada.
Al instante, solícito como padre amoroso,
se le acerca, y palpándole con afán cuidadoso,
quiere al punto librarle de tan grave tormento
desprendiéndole el dardo; por lograr ese intento
son sus manos tan blandas cual si fuesen de seda.
El arpón doloroso que en la carne se enreda
sale al fin, y el asceta, por vendar al herido,
en jirones convierte su harapos vestido.

Entre tanto la bestia, dócilmente tranquila,
le contempla con húmeda, dilatada pupila,
y al mirarle con ojos que parecen humanos,
cariñosa se esfuerza por lamerle las manos.
Cuando otra vez emprenden su marcha hacia la altura,
la nieve, en tersos copos, con su argentada albura
desciende sobre ellos; el áspero pelaje
del lobo va perdiendo su rigidez salvaje.
La capucha del monje se torna blanquecina,
y su silueta pálida, espiritual y fina,
comienza a deslizarse como el perfil sedoso
que vaga en las penumbras rosadas del ensueño.

Ya llegan a la cumbre; tras la tormenta helada
la inmensidad se mira radiosa, despejada.
Brilla el sol, y las rocas cubiertas de diamantes
bajo un fuego de oro palpitan deslumbrantes.
Todo es albor; la cima se viste de pureza
como una desposada radiante de belleza.
La luz, hada que ríe magnífica y triunfal,
recorre sus palacios de plata y de cristal.
Nevada, milagrosa, la mística silueta

del santo se recorta sobre la cima escueta,
y al dibujarse pálida sobre el azul, parece
un lirio que en la cumbre fantástico florece.

Absorto, con los ojos clavados en el cielo,
aquel tesoro vivo de gracia y de consuelo
contempla a Dios. En tanto, la fiera ennoblecida
por algo prodigioso que penetró en su vida,
empieza a transformarse, por fuerza del amor,
en un sagrado símbolo de gloria y de dolor.
Así, cuando del éxtasis divino despertando,
busca al lobo Francisco, cegado por la luz,
sólo ve un corderillo que lo mira temblando
con ojos que recuerdan al mártir de la cruz!

MANOS EN LAS TINIEBLAS

Recuerdo que al cruzar el abismo
de la insondable eternidad,
miraba y miraba las tinieblas
que me circuían por doquiera,
espesas, profundas,
como negras murallas
que ocultaban aún
ante mis ojos
el misterio del más allá.

Mas luégo,
de manera apreciable apenas,
comencé a divisar
vagas titilaciones,
blanquecinas, borrosas,
que gradualmente se acentuaban
y se movían
en la medrosa oscuridad.

En seguida
fueron tomando forma,
y acabaron por diseñarse
como manos, manos pálidas
de una transparencia teatral.
Manos que se multiplicaban

en torno mío
y cuyo número, por momentos,
iba creciendo más y más.

Y mostráronse más visibles,
con caracteres y tintes diversos,
que las diferenciaban
unas de otras
en una infinita variedad.

Había manos finas,
delicadas,
de venas azules,
como sedosos lirios;
las había pequeñitas,
infantiles,
manos ligeras
de luminosa agilidad.

Y manos sarmentosas,
llenas de arrugas,
manos seniles,
que se agitaban tembladoras
y se crispaban sin cesar.

Otras,
torneadas y flexibles,
de aristocrática elegancia,
cuñas uñas, rosadas conchas,
veía brillar.

Y entremezclándose con ellas,
rudas, callosas, aparecían
otras manos,
como de obreros o de marinos
que en sus faenas
las endurecían con afán.

Manos, en fin,
que en sus aspectos
copiaban todos los matices
y las edades y las formas
en una obsesionante variedad.

Y por una intuición inexplicable,
una extraña y aguda
sutileza mental,
comprendí que todas esas manos
cuyo número

aumentaba por instantes,
vertiginosamente,
eran las manos de los que han sido,
de los que son
y de los que serán.

Quise entonces hallar tus manos,
tus manos queridas,
entre aquel torbellino
que desvaneciendo la oscuridad,
se revolvía ante mis ojos
a la manera de esos enjambres
de mariposas blancas,
que se levantan en el pantano
bajo el ambiente tropical.

Pero en vano miraba
y miraba
ese turbión silencioso y cambiante,
que hacía palidecer las tinieblas
y llenaba la inmensidad.

Entre aquellos millares
y millares de manos
tan desconocidas
como esas aves
que de lejos miramos volar,
sólo muy pocas
parecían reconocerme,
e intentaban detener un instante
su raudo movimiento fugaz.

Algunas, más amigas, acaso,
pretendían llamarme por señas,
otras me saludaban al pasar.
Y una, entre todas,
suavísima, blanca,
me acarició el rostro
como cuando era niño,
dejándome una impresión maternal.

Pero en cambio, otras,
amenazantes,
se crispaban ante mis ojos
y se abrían
acercándose a mi cuello
cual si me quisieran estrangular.

Otras, como juntándose

para la oración,
parecían implorarme, pedir algo.
¡Pobres manos menesterosas
que se agitaban en el misterio
en una desolada orfandad!

Y yo pensaba,
pensaba en tus manos,
pero no las podía divisar.
¡Al fin,
entre aquellos remolinos inmensos,
ví destacarse diáfanas, delicadas,
como las de una aparición celestial,
tus dulces manos,
manos de reina,
pero de una reina
superior a las otras;
manos divinas hechas de estrella,
de jazmín y de azahar!

Y esas manos
suaves y tersas,
se acercaron, se acercaron
graciosamente
y se juntaron a mis mejillas
oprimiéndome la faz.

Desperté al punto, emocionado
por aquella caricia
que compensaba todo mi anhelo,
toda mi angustia, todo mi afán.
¡Y ví tus manos vivas,
en las que Dios ha puesto
el tesoro
de una soñada felicidad!

Y empecé a besarlas
conmovido,
como si por primera vez
lo hiciera,
con esa sed de tu cariño
que no puede aplacarse jamás.

¡Y tuve entonces
la intuición honda
de que en los abismos del más allá,
cuando mi espíritu errabundo,
triste camine en las tinieblas,
cual pobre ciego que sin guía

marcha temiendo tropezar;
irán tus manos,
tus manos bellas,
a posarse sobre mis ojos
y llenarlos de claridad!

EMOCION

Poeta: lucha con el bloque adverso
de tu dolor, para cantar la vida,
y con tu mano por el arte ungida
truécalo en mármol luminoso y terso!

Abarca en tu pensar el universo,
y al remover del corazón la herida,
cual si fuera una daga enrojecida,
de lo más hondo arrancarás el verso.

Haz que surja con lírica grandeza
algo dulce o crüel, gloria o quebranto,
rosa de luz o espina de tristeza.

Algo que inspire amor, pena o espanto,
y al copiar en el alma su belleza,
rompa en los ojos el cristal del llanto!

TUNJA, CIUDAD NOBLE Y ANTIGUA

Aguila silenciosa que en apartado nido,
grandes hechos heroicos, claros timbrse de gloria;
del alto cielo:
Tunja, la ciudad legendaria,
sobre el paisaje triste medita solitaria.

Es la villa severa donde encuentra la Historia

grandes hechos heroicos, claros timbres de gloria;
poderosa y valiente, sus fecundas entrañas
concibieron colosos de inmortales hazañas.
Es un sitio famoso que aprestigia el encanto
de medrosas leyendas de terror y de espanto.
Como dijo el poeta que exaltó su blasón:
“¡Es patria de los zaques y tumba de Rondón!”

Es una ciudad noble, de rancios pergaminos;
es lugar de recuerdos; solitarios caminos
conducen hasta ella. Conserva en sus portales
emblemas de orgullosos carteles señoriales;
blasones olvidados que guardan fieros, mudos,
los leones de piedra de sus viejos escudos.

Su campiña es monótona: ya no guarda vestigio
de taladas florestas, mas, cual raro prodigio
de su seno fecundo, que esplendores encierra,
escondidos raudales
bullen bajo la tierra.
¡Misteriosas corriendo por sus cáuces ignotos,
ricas fuentes que llegan desde sitios remotos,
a sus pies se desatan ruborosas y bellas
como claros y vivos surtidores de estrellas!

¡No engalanan sus campos aromosos vergeles;
mas, labrando el tesoro de sus fúlgidas mieles,
—crespos oros que tiemblan en sus áridos flancos—
las colmenas palpitan en los hondos barrancos;
¡y en fragantes cosechas, cuando el alba despunta,
hay olor de manzanas en las brisas de Runta!

¡De noche es siempre triste: sus vastos caserones
emergen el aroma de añejas tradiciones;
los gemidos del viento
en las torres
semejan misterioso lamento;
y en el viejo convento
convertido en prisiones,
los fantasmas que habitan en las celdas calladas,
acarician las frentes con sus manos heladas!

Cierta calle medrosa,
cruza inquieta y furtiva doña Inés de Hinojosa.
¡Y después, en la cuerda, bajo el árbol sombrío,
cuelga pálido y mustio su cadáver ya frío!

¡En sus predios se oculta fabuloso tesoro:
Las riquezas del Zaque, las montañas de oro,

que juntaron los indios cuando entró el español
y cegaban los ojos cual si fuesen el sol!
La sin par maravilla se recata en el fondo
de un extraño agujero, tan fatalmente hondo
que a su fin nadie llega;
cenagoso, desierto,
se le mira enigmático, por las aguas cubierto.

Esa villa severa guarda la bizarría
de los tiempos lejanos;
en su melancolía
hay algo que seduce, que fascina la mente,
como el canto del ave o el gemir de la fuente.
Y sus regias mujeres de gloriosa hermosura,
de ojos grandes y dulces, de gentil continente,
son altivas y airosas cual sultanas de oriente.

¡Oh ciudad del Ensueño: duerme en tí el Heroísmo;
a la voz de la patria, tu orgulloso mutismo
se convierte en coraje. La roñosa armadura,
sobre el pecho aguerrido deslumbrante fulgura.
A lo lejos relincha fogoso Rocinante
y surge fuerte y joven el caballero andante.

Fiero nido de águilas domadoras del viento:
en tus fastos florecen la Virtud y el Talento,
y alternan en tus páginas, con altos pensadores,
monjes, guerreros, sabios y dulces trovadores.
Tu despertar empieza: tu aristócrata sueño
quieres cambiar activa por el febril empeño.
El Porvenir te espera, pues tu vigor es grande;
bajo tu planta crujen las vértebras del Ande.
Y si otra vez Colombia, con grito doloroso,
reclama, ¡oh noble villa, tu esfuerzo prodigioso,
tu pecho de leona de nuevo lanzará
el grito formidable que rugió en Boyacá!

TITANICA

A la orilla del mar, trágica y bella,
la enorme roca su figura erguía,
viendo el coloso que a sus pies hervía
y no cesaba de gemir por ella.

Clamaba el mar con íntima querella
sin poder alcanzarla; pero un día,
hirió su lomo, fúlgida y bravía,
como látigo de oro, la centella.

Rugió entonces el monstruo, a lo infinito
alzó su mole azul, con fiero grito
sacudió su melena entre la bruma.

Y de su amor en el salvaje anhelo
potente y ágil cual bisonte en celo
saltó a la roca y la cubrió de espuma!

LEÑO SACRO

Oh! mortal, soy un símbolo: yo abarco
con dos líneas cruzadas
el destino del hombre; yo sustento
sobre mi extraña contextura frágil
el cadalso de un Dios. Con tardo vuelo,
llegan a mí las aves del martirio
a posarse en mis hombros de esqueleto.

Soy un signo que aleja la locura;
un leño florecido de esperanza
sobre la árida roca del desierto;
soy el ánora firme
que sostiene el bajel de los ensueños,
en medio de la turba marejada
que salpica de lodo el pensamiento!

A dondequiera que giréis los ojos
por el vasto horizonte,
veréis alzarse mi perfil escueto:
ya sobre la morada de los hombres
o la gigante mole de los templos;
ya en el fondo turquí del infinito
marcando el sur, formada de luceros!

En las humanas pompas
brillo también; la espada del guerrero
lleva mi efigie; la imperial corona
me forma pedestal y sobre el pecho

de bravos y gentiles caballeros,
soy una flor de gloria que se abre
como un emblema del honor y el mérito!

Oh mortal! Yo me alcé sobre tu cuna,
y en el albor de maternales besos,
como paloma al extender sus alas,
acaricié tu frente
con la primera bendición, y luégo,
dulce guardián de tu niñez tranquila,
calmé tus ansias y velé tu sueño.

Mañana, cuando mueras,
te seguiré piadosa hasta el asilo
en que reposen tus cansados restos;
y, grabada en la piedra silenciosa,
escudo funerario de tu cuerpo,
como una madre extenderé los brazos
llenos de amor para estrecharte en ellos!

ONDAS VIVAS

Al partir los discípulos en la barca viajera,
contemplaron la playa con un vago temor,
y Jesús, apacible, desde la alta ribera
los miraba alejarse con sonrisa de amor.

“Yo seré con vosotros hacia el alba primera”,
habían dicho los labios del sereno Pastor;
y pensaban los rústicos: Ni soñarlo siquiera;
si no existe otra barca, ¿cómo viene el Señor?

Mas cuando ellos perdiéronse bajo el límite vago,
dejó Cristo la orilla y avanzó por el lago,
sin mojar su sandalia, de lo ignoto a través.

¡Halló firmes las combas del cristal ondulante,
y sembrando fulgores, como emblema triunfante,
sobre el vivo diamante caminaron sus pies!

Otra vez, dolorida como trágica sombra,

Magdalena, la hermosa de los rubios cabellos,
quiso ungir del Rabino los pies castos y bellos
con la esencia más rica que en oriente se nombra.

Acercóse a besarlos con ternura que asombra,
los cubrió con sus bucles, enjugólos con ellos,
desatadas las crenchas en dorados destellos
como un sol derretido que sirviese de alfombra.

A su tibio contacto se turbó el Nazareno;
en la plácida albura de su rostro sereno
florecieron las rosas con un sabio decoro.

Y hubo un raro momento de temor y agonía,
al sentir el Rabino que su planta se hundía
en las ondas de seda de los bucles de oro.

EL ÚLTIMO COMBATE

Brasas que el soplo de la ira enciende
del gran testuz entre la felpa de oro,
lucen los ojos del soberbio toro
que por la pampa su mirada extiende.

La tierra toda dominar pretende
en homenaje a su imperial decoro;
su voz, con ecos de clarín sonoro,
bronca y marcial por el espacio asciende.

Ha salvado sus predios; peregrino
de apartada dehesa, en su camino
todo despierta su furor salvaje;

y en la mitad de la angosta carrilera
ve surgir ante él, por vez primera,
un tren, en los confines del paisaje.

Con impulso de roca despeñada,
monstruo veloz que al galopar jadea,
avanza el tren; en el espacio ondea,
su trágica melena alborotada.

En su marcha tenaz, desenfrenada,
su férrea trompa inclínase y rastrea;
es un lebrel gigante que olfatea
la fuga de una liebre en la llanada.

Fiero prorrumpe en ásperos silbidos
cuando el toro aparece en lontananza.
El bruto le responde con bramidos;

y al ver la mole que hacia él avanza,
preparase a embestirla, recogidos
sus nervios con indómita pujanza.

Ya llega; los puñales de su frente
vibra veloz, y en brusca arremetida
lánzase contra el monstruo que trepida
y llena de clamores el ambiente.

Suena un choque brutal; choque estridente
de huesos rotos en atroz caída;
vacila el tren con honda sacudida,
sus carros se entrechocan rudamente.

Reina un instante de pavor profundo
dentro de aquella máquina bravía;
se alza un clamor humano, gemebundo.

Pero prosigue el tren; junto a la vía,
sangriento, destrozado, moribundo,
¡yace el bruto de olímpica osadía!

